

CULTURA Y CONFLICTO

Eduard Miralles¹

La representación simbólica del conflicto

Entre la más académica definición del diccionario, para el que la paz no es otra cosa que la "*situación y relación mutua de quienes no están en guerra*", o la "*pública tranquilidad y quietud de los Estados*" y la almibarada apología de la misma que se perpetra y perpetúa en los neones navideños, la palabra "paz", aunque de forma inestable y a menudo imprecisa, abraza un arco conceptual considerablemente extenso a tenor del volumen y la tipología de los conflictos contemporáneos. La palabra "paz", más allá de su generosa polisemia, se vincula especialmente con la manera de plantear y resolver los conflictos existentes hoy en día. Conflictos individuales o colectivos, de vieja o nueva planta, estructurales o coyunturales, superficiales o profundos, en los que formular las condiciones para su superación resulta siempre una condición necesaria para intentar resolverlos.

Así como el planteamiento explícito del conflicto constituye una condición a todas luces necesaria, aunque no siempre suficiente, para abordar su resolución, la cultura en general y las artes en particular han desempeñado desde siempre una función en este sentido irremplazable. El lugar de la cultura y del arte, entre otros muchos, es el lugar de la representación simbólica del conflicto. Y del mismo modo que aquello que no se nombra raramente se percibe y difícilmente existe, la representación simbólica del conflicto a menudo constituye un primer paso importante para su abordaje y resolución.

Sin duda, el seguimiento de este hilo argumental nos llevaría muy lejos, más allá quizás de las pretensiones de la presente reflexión escrita. Por una parte, hasta los orígenes de géneros literarios clásicos primordiales en la cultura occidental: la tragedia, la poesía o la comedia; muchos de sus argumentos, desde *La Ilíada* a *Antígona*, aluden a conflictos ritualizados, ya sea de una forma estrictamente literal o desde una perspectiva más bien simbólica. Por otra parte, nos llevaría a la reflexión sobre los mitos y las formas de representación que todavía subsisten en la llamada cultura tradicional o popular: ¿qué son acaso los gigantes, los torneos de "moros y cristianos" o muchas danzas de espadas o palos de nuestras fiestas patronales sino reminiscencias de formas de representación de conflictos ancestrales ritualizados?

Más allá aún si cabe, podemos afirmar la existencia de una correlación explícita entre la frecuente presencia de recursos verbales tales como el chiste o el insulto y la desviación de determinadas formas de violencia individual o grupal hacia el plano de lo simbólico; así como insultar a alguien constituye una manera especial de agredirle sin lastimarle físicamente, todos los colectivos territoriales han engendrado relatos jocosos sobre sus vecinos como forma de manifestar su superioridad y como forma de autodefensa a un tiempo. Como tampoco es gratuito ni casual que numerosas lenguas occidentales utilicen la misma raíz, o el mismo verbo incluso, para referirse al juego lúdico, a la práctica deportiva, a la interpretación teatral o a la ejecución musical de un

¹ **Eduard Miralles** (Barcelona, 1961) es asesor de relaciones culturales de la Diputación de Barcelona y presidente de la Fundación Interarts

determinado instrumento: tal es el caso de los verbos "play" en inglés, "spielen" en alemán o "jouer" en francés².

En este mismo sentido cabe considerar que el deporte a lo largo del siglo XX, especialmente el deporte "de masas" en general y el fútbol en particular, considerado como el deporte de masas por antonomasia, ha asumido buena parte del estatuto de representación simbólica de múltiples violencias y conflictos grupales y territoriales hasta entonces sin canalizar o expresados por vías más cercanas a la convención cultural o artística. Del mismo modo que los Juegos Olímpicos se han constituido en la gran metáfora de la concordia y de la paz contemporánea, no es aventurado afirmar que cuando dos ciudades o dos países se enfrentan en un encuentro deportivo, tanto sus jugadores como sus seguidores están haciendo algo más que representar o asistir a un espectáculo de masas meramente deportivo. Así como el fútbol constituye una suerte de diplomacia deportiva contemporánea para ciudades y naciones, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que el deporte, tanto por su elevada capacidad de producción simbólica como por su forma de articular de forma más o menos exitosa lo amateur, lo elitista y lo masivo, será considerado con los años como una de las manifestaciones culturales más importantes de nuestro tiempo³.

Esta especial capacidad de la cultura y el arte para constituirse en espacio de representación simbólica de problemas y conflictos contemporáneos, lejos de pasar desapercibida para los creadores actuales, se ha convertido en muchos casos en su inquietud, objetivo, contenido y argumento primordial. Acciones como la que a principios de los años setenta llevó a cabo el artista de origen polaco Krzysztof Wodiczko, construyendo un prototipo auto-reproducible de carrito para los *homeless* de Nueva York tras un tiempo de convivencia con los mismos y sus problemáticas de almacenamiento y cobijo más o menos seguro, constituyen ya referencias obligadas de la vanguardia artística.

Finalmente, desde las políticas públicas en clave de desarrollo comunitario también se ha recurrido con frecuencia al arte y a la cultura para formular conflictos e intentar resolverlos mediante el desplazamiento de los mismos a su dimensión simbólica. Como botón de muestra cabe citar la transformación llevada a cabo en el año 2002 en el antiguo cementerio central de Bogotá por parte de la alcaldía de la ciudad, en los años más duros del conflicto de la guerrilla y el narcotráfico. En lugar de derribar aquella antigua construcción funeraria, su estructura se mantuvo desnuda de todo aditamento, como una monumental escultura urbana, y en el frontón de cada uno de sus seis columbarios se inscribió con grandes letras la leyenda "*La Vida es Sagrada*"⁴. Del mismo modo, el cementerio histórico de San Pedro, en Medellín, líder

² Nótese que en francés el verbo "jouer" se utiliza además para referirse en forma coloquial o familiar al acto amoroso.

³ Recuérdese la célebre, aunque breve, guerra entre Honduras y El Salvador que estalló a raíz del partido entre ambos países en las eliminatorias de la Copa Mundial de Fútbol del año 1969 y que el reportero Ryszard Kapuscinski bautizó como "guerra del fútbol". Del mismo modo, quizás cuando aquél pintoresco presidente del Club de Fútbol Barcelona profirió, en plena euforia vencedora, aquello de "*la ciudad que lleva el nombre de nuestro club*" quizá el *lapsus* no lo fuera tanto...

⁴ El cementerio central de Bogotá ha seguido siendo escenario desde entonces de intervenciones artísticas orientadas a representar simbólicamente el conflicto colombiano, como por ejemplo la instalación "Auras

hoy en día de la red de cementerios patrimoniales de Iberoamérica, en los años más álgidos del conflicto que asoló la capital de la región de Antioquia se convirtió en el único refugio para el diálogo entre fracciones enfrentadas de la comunidad, especialmente para la población más joven, desarrollándose un amplio número de actividades culturales, especialmente nocturnas, que difícilmente podían tener lugar en otros espacios de Medellín, gracias a la inteligente explotación de las cualidades del lugar como territorio sagrado compartido por parte de su conservadora patrimonial, Catalina Velásquez.

La cultura, en consecuencia, lejos de limitarse a ostentar una difusa condición de *poder blando* o "soft power"⁵ en el acompañamiento de las políticas estructurales en general, y en especial a aquellas que intentan formular y resolver los conflictos esenciales, en virtud de su capacidad para generar espacios, tiempos y rituales de elevada condición simbólica está llamada a desempeñar una función fundamental en los procesos de creación de condiciones para la paz presentes y futuros.

Articulando los tres subsistemas: ley, moral y cultura

Quizás nadie como Antanas Mockus, filósofo y matemático de ascendencia lituana, ex-rector de la Universidad Nacional de Colombia, alcalde mayor de Bogotá en los períodos 1995-1997 y 2001-2003 y reiterado candidato a la presidencia de la república, ejemplifique de un modo más significativo cuál puede ser el lugar de la cultura en la resolución de conflictos. A lo largo de su gestión al frente de la alcaldía de Bogotá, Mockus diseñó e implementó una estrategia de "cultura ciudadana" cuyo rasgo distintivo más relevante fue quizás el uso de iniciativas culturales y artísticas en la pacificación de una realidad urbana que en aquel entonces pasaba por ser la más violenta de América Latina y una de las más peligrosas del mundo: Acciones como el uso de mimos, en lugar de agentes policiales, para la pacificación del tráfico rodado, la implantación de un sistema de tarjetas de colores para la reprobación de conductas incívicas o la aparición sorpresiva del propio Mockus, disfrazado de superhombre, en momentos o lugares conflictivos o peligrosos seguramente son la porción más conocida y vistosa de un iceberg mucho más profundo y complejo, la estrategia de "cultura ciudadana", que logró indiscutibles y espectaculares resultados en el empeño de hacer de Bogotá una ciudad mucho más humana y habitable.

La teoría de la "cultura ciudadana" de Mockus, partiendo de los principios formulados por Habermas sobre la acción comunicativa, se formula a partir de la hipótesis del divorcio de los tres subsistemas que, según Mockus, regulan la interacción social comunitaria. Dichos tres subsistemas son los de la ley, la moral y la cultura. Mientras que el subsistema de la ley apela a la prohibición externa y objetiva y el de la moral apunta hacia la convicción personal y subjetiva, el tercer subsistema, es decir, el de la cultura, resulta fundamental en la medida en que implica el sentir general, la tradición y, en cierta medida, la opinión pública. Matar, o más bien dicho, "no matar", es algo que tiene que ver tanto con la prohibición legal objetiva -"matar está prohibido; luego si lo hacemos seremos castigados"- como con la convicción moral subjetiva -"matar es pecado grave"- . Pese a ello, para conseguir que en una situación

Anónimas" de Beatriz González, que reproduce por doquier en los nichos del cementerio la estampa de los *cargueros* o personas que antiguamente transportaban cuerpos humanos en Colombia.

⁵ La noción de *Soft Power* fue acuñada por Joseph S. Nye en el año 2004 en el libro del mismo título.

de violencia generalizada no se mate, es preciso recurrir a esa tercera pata, la de la dimensión cultural, o si se quiere a la percepción social o colectiva de que no se debe hacerlo. Mockus, en el conjunto de acciones de su estrategia de "cultura ciudadana" apela reiteradamente a la importancia del tercer subsistema, el de la cultura, sin el cual la ley y la moral resultan estériles, o cuanto menos insuficientes⁶.

En un contexto radicalmente distinto, otra buena práctica que acentúa la importancia de la cultura como subsistema fundamental, junto a la ley y a la cultura, en el planteamiento y la resolución de conflictos es el trabajo que viene desarrollando desde hace años la antropóloga Adriana Kaplan, profesora de la Universidad Autónoma de Barcelona, en la erradicación de las prácticas rituales de mutilación sexual femenina tanto en comunidades de inmigrantes africanos en Catalunya como en países como Gambia. La práctica de la ablación de clítoris, por salvaje que pueda parecer a nuestros ojos, forma parte de rituales de transición profundamente arraigados. Erradicarla, por lo tanto, supone no sólo apelar a su prohibición legal -"está prohibido"- , ni tampoco a su interdicción moral -"es malo, o es pecado"-, sino que requiere desarrollar e implantar conjuntamente con las comunidades concernidas rituales sustitutorios del paso de niña a mujer adulta que tengan una intensidad simbólica similar a la mutilación sin ser vejatorios ni agresivos.

Las ciudades como laboratorios locales de soluciones adecuadas a los conflictos globales

Las ciudades se han convertido en el escenario, el plató o el decorado primordial en el que se representan los conflictos globales. Si esto es así, entre otras cosas, es porque hoy en día más de la mitad de la humanidad vive ya en ciudades. Por lo tanto, cualquier cosa que sucede en el mundo está perfectamente "localizada", aunque ya se sabe que las noticias son casi siempre malas noticias, y la probabilidad de que cualquier cosa "localizada" que pase en el mundo suceda en una ciudad crece exponencialmente. Decir "ciudad", por lo tanto, equivale en gran medida a decir "conflicto". Pero como señala insistentemente el filósofo Daniel Innerarity, la presente globalización representa sobre todo una relación más estrecha entre lo local y las dinámicas globales⁷.

Secularmente, las ciudades y sus gobiernos locales fueron siempre lugares de acción, escenarios de múltiples sucesos, esporádicamente iluminados por ráfagas más o menos discontinuas de pensamiento. Las políticas ciudadanas, en este sentido, raramente iban más allá de la tríada formada por la limpieza urbana, el orden público y el control del tráfico. Hace tiempo ya, no obstante, que las ciudades, además de actuar localmente, aprendieron a pensar globalmente, o por lo menos a no gestionar lo propio sin tener en cuenta las consecuencias de y para lo ajeno; y este empeño de actuar localmente pensando globalmente coincidió con la aparición de nuevos ámbitos competenciales para el poder local, como los servicios personales o de proximidad:

⁶ Para más información sobre Mockus y la "cultura ciudadana", véase <http://www6.iadb.org/sds/doc/Culturaciudadana.pdf> y <http://www.lablaa.org/blaavirtual/revistas/analisispolitico/ap21.pdf>

⁷ Véase Daniel Innerarity: "Governar els nous espais: entre l'àmbit local i l'àmbit global" en *Barcelona Metròpolis*, núm.71

bienestar social, información ciudadana, juventud o cultura. Más hacia acá, las ciudades comenzaron a emprender iniciativas de trabajo en red, actuando local y globalmente, además de pensar en lo global, dentro de un nuevo marco de cooperación descentralizada.

El reto actual para las ciudades y sus gobiernos es aprender, además, a pensar localmente. O dicho de otro modo, comenzar a poner en valor el poder de lo local, o las virtudes de pensar localmente, como fórmula más efectiva para avanzar en la resolución de los problemas globales. Es en este sentido que las ciudades, además de seguir siendo el escenario de buena parte de los conflictos de índole global, comienzan a ser el laboratorio que sintetiza las soluciones más adecuadas para intentar dar solución a estos conflictos. Así pues, la tarea de "pensar localmente" se convierte en una apuesta cargada de futuro.

Nociones como las de "proximidad" o "cohesión social" ocupan un lugar de progresiva y creciente centralidad en el discurso de lo público en las ciudades. Sin embargo, la reivindicada "cohesión social", por ejemplo, constituye una categoría incómoda que, a medida que se consolida como principio rector y lugar común en el discurso político contemporáneo y en el de la cooperación internacional en general y euroamericana en particular, especialmente en los programas e iniciativas de la Unión Europea, sustituyendo o escamoteando las nociones de "inclusión", "lucha contra la exclusión" o incluso "desarrollo", pone en evidencia numerosas contradicciones y paradojas⁸. La "cohesión social", *strictu sensu*, no es más que "el grado de consenso de los miembros de un grupo social en la percepción de pertenencia a un proyecto o situación común"⁹. Conviene recordar, en este sentido, que buena parte de las ideologías totalitarias europeas del siglo XX apelaron de forma más o menos gráfica (con el "haz" o "fascio" italiano, las flechas unidas de la falange española, etc.) a la necesidad de dicha "cohesión". Por otra parte, se trata de una noción de tradición anglosajona, propia de comunidades fuertemente "pilarizadas", que "viaja mal" cuando se le traslada a otros contextos sociales, culturales o geográficos, como sucede con otro concepto "comodín", en este caso de matriz francófona, cual es el de "proximidad". La "cohesión social", finalmente, allá donde el estado del bienestar es una utopía o por lo menos un proyecto aplazado, corre el riesgo de contribuir a consolidar o perpetuar profundas desigualdades de tipo social o económico.

Ello no obstante, la cultura ocupa un lugar insustituible entre los factores fundamentales que propician la cohesión social. En palabras de Eduard Delgado *"la clave de la cohesión social y el progreso es y ha sido la seguridad cultural (...) La descohesión provocada por la pobreza, el desplazamiento forzado o la emigración afecta a los grupos en su relación con el exterior, pero la inseguridad cultural fractura los grupos desde su interior, desde su estructura identitaria, y compromete su capacidad de reacción sobre la base de la acción cooperativa, las alianzas y el diálogo. (...) el concepto de seguridad cultural se refiere a la capacidad del ciudadano para elaborar sus propias expresiones creativas y recibir por ello una respuesta de su entorno. Las prácticas del espacio público, la educación y la cultura se hallan en la*

⁸ Véase, en este sentido, la declaración final de la III Cumbre América Latina y el Caribe – Unión Europea celebrada en Guadalajara, México, en mayo de 2004 (<http://www.integracionsur.com/americalatina/CumbreALatinaEuropaDclGuadalajara.htm>)

⁹ Véase http://es.wikipedia.org/wiki/Cohesi%C3%B3n_social

base de uno de los valores más preciados en todas las sociedades: la confianza. Confianza fundamentalmente en que mis referentes expresivos y creativos, base de mi relación con el mundo y conmigo mismo, forman parte inviolable de mi persona y de mi dignidad. Una reciprocidad que crea nexos de confianza sin los cuales no se puede hablar de cohesión social ni de diversidad cultural. Hoy se habla de sociedad del conocimiento, pero en realidad la carencia principal en dicha sociedad es el reconocimiento. (...) reconocimiento (seguridad cultural), narrativa (incorporación en el imaginario) y equidad (como valor previo a cualquier derecho) forman parte de un nuevo debate sobre la topografía del pluralismo cultural"¹⁰

Aunque las condiciones para el reconocimiento, la seguridad cultural, o la presencia de las minorías en el relato global de las que hablaba Eduard Delgado no se den sólo en las ciudades, en ningún lugar como en las ciudades pueden alcanzar su desarrollo de forma más adecuada, optimizando su contribución a aquello que probablemente hoy constituye la tarea primordial de la cultura en las ciudades: contribuir al proyecto de construcción de su identidad. Una identidad concebida más como proyecto colectivo que como precondition individual, en la que el conflicto no es un obstáculo a esquivar sino una variable que es preciso considerar e integrar. Una identidad de identidades cada vez más caleidoscópica, para la que el respeto del derecho a la indiferencia va a ser tan importante como la salvaguarda del derecho a la diferencia. Una identidad, en definitiva, donde las perspectivas multiculturales, interculturales y transculturales no sólo no se neutralicen, sino que se potencien y refuercen mutuamente.

Probablemente la iniciativa *Redesearte Paz* no constituye, en su concepción primigenia, una propuesta de orientación local, o por lo menos no es una iniciativa de alcance territorial exclusivamente vinculada a las dinámicas territoriales de ciudades o municipios. Ello no obstante, si se analiza detalladamente el desarrollo de los proyectos que la componen, en casi todos ellos resulta patente una sinérgica simbiosis entre la concepción de la ciudad como laboratorio de soluciones adecuadas y la apuesta por el arte como instrumento para la representación simbólica del conflicto. Contribuyendo a la tan necesaria como difícil tarea de aprender a pensar localmente...

Barcelona, febrero 2010

¹⁰ Eduard Delgado: "Hacia una nueva articulación de los espacios lingüísticos y culturales" en *Pensar Iberoamérica: Revista de Cultura*, núm.6 (Organización de Estados Iberoamericanos, 2004).